

Y vino en el viento la voz cansada y como rota del cardo:

—Sí; ha pasado por este camino y le he tocado los vestidos, yo, un triste cardo!

—¿Y es verdad que se me parece?

—Sólo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. El la lleva algo inclinada; pero su manto es albo como tu copo y eres harto feliz de parecerle. ¡Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso!

—Dí, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho—dijo.

—Es un color demasiado crudo—dijo el lirio.

—¿Y qué lleva en las sienes por guirnalda, cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda—dijo la camelia.—Se le perdonan a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cactus, el erizado cactus de las laderas.

—¿Y ama Cristo?—prosiguió el lirio, turbado.

—¿Cómo es su amor?

—Así ama Cristo—dijo el cardo echando a volar las plumillas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo—dijo el lirio—querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

—Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardo del camino—respondió éste.—El va siempre por las sendas, sin reposo. Al pasar me ha dicho: «Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante». Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano; ni la rosa de Sarón, que El cortó de niño por las colinas; ni la Madre selva trenzada, quisieron hacerse cardo del camino y, como los príncipes y las mujeres mundanas que rehusaron seguirle por las llanuras quemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

GABRIELA MISTRAL

(Desolación)

7.—Tiene el leopardo un abrigo...

Tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo,
porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
la mushma en su cojinete
de arce del Japón: yo digo:
«No hay cojín como un amigo.»

Tiene el conde su abolengo:
tiene la aurora el mendigo:
tiene ala el ave; iyo tengo
allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

JOSÉ MARTÍ.

(Versos sencillos)

Los desposorios con la tierra

A una mujer joven, bella y de buen sentido, que iba a casarse con un mecánico, le preguntaron, viendo cómo él vivía cubierto de aceite, sudoroso y con el traje sin alifios del hombre trabajador:

—¿Y cómo te atreves a unir tu suerte con ese muchacho, que se viste tan mal?

—Ah, contestó la joven—debajo de esas ropas bastas y llenas de pringues de aceite, hay un hombre, todo un hombre.—Como si hubiese dicho que las ropas se compran, que con mil dólares cualquiera queda hecho un Brummel de la noche a la mañana; pero ni con ese oro ni con todo el oro del mundo se compra un marido sano, valeroso, emprendedor, austero, capaz de ser compañero afectuoso y guía firme de una mujer, capaz de ser padre espiritual de sus hijos y ciudadano útil a su República.

Hay muchos jóvenes, los caballeros sociales, que hacen asco de tocar la tierra y de sembrarla. Aún siguen fieles a los viejos prejuicios de los hidalgos, que como tuviesen hidalguía,

aunque no tuviesen qué poner a la mesa. Esto es de la época en que se creía el trabajo servil y vergonzoso, tan solamente propio de plebeyos. Es, en fin, de la época en que en España no se ponía el sol... Pero tampoco se ponía el puchero.

Y ¿cómo querrían trabajar la tierra esos mocitos? ¿enguantados? ¿o con pinzas?— Cuando la juventud que está llamada por su riqueza o su talento, por su posición o sus propios anhelos, a ocupar los puestos que ofrecen ya la agricultura y las nuevas industrias, ya la magistratura y la guerra, padece de estos prejuicios o está contaminada por parecidos afeminamientos, casi ni merece tal nombre, y es índice de que las fuerzas nacionales decaen. Fué la ruina de Roma, el magno imperio. Las cartas de Símaco se guardaban en cofres de sándalo, mientras los hijos de los prepotentes pedían quitasol y esclavos que les abanicasen para ir al Bósforo Cimeriano.

Pero en Centro América este miedo de ponerse en contacto con la tierra no es índice de una decadencia que se

inicia, sino la confirmación de una decadencia que continúa. Es que estos tataranietos de españoles de la Colonia nos han infiltrado el horror al trabajo, en tanto que la España nueva se empeña en enterrar su pasado. El prejuicio del horror a los trabajos serviles proviene de nuestros pseudo-nobles, y llega hasta los hombres a quienes la tierra les ofrece un porvenir seguro y magnífico, a trueque de que sean varoniles, activos y estudiosos.

No sólo yerran lamentablemente sino que se ponen en ridículo, quienes consideran que saber ejecutar el trabajo del peón, cavar la tierra, removerla con las propias manos, untarse de ella, hundirse en ella, es cosa que se halle contrapuesta con la distinción o con la jerarquía. Ya Cicerón—uno de los espíritus más aristocráticos que hubo jamás, una de las inteligencias más delicadas, el hombre que poseía una mesa escritorio que valía miles de sextercios— elogiaba la agricultura como la profesión más digna de un hombre libre.

La primera condición del caballero fino y elegante, es que sea libre; y la libertad no se consigue sino con independencia económica, y esta independencia no se logra jamás con el asco a la tierra y la repugnancia por su